

*

Todo por amor, nada por fuerza.—En las reales galeras del amor divino, no hay forzados: todos los remeros son voluntarios.

*

Donde quiera está uno bien con Dios; en ninguna parte sin El.—Preciso es complacerse consigo mismo, cuando se está en la soledad, y con el prójimo como consigo mismo, cuando se está en compañía, y no complacerse en todas partes sino en Dios, que ha hecho la soledad y la compañía. El que obre de otro modo, se fastidiará en todas partes.

*

Preciso es no andar de puntillas en el ejercicio de las virtudes, sino ir redonda, franca y secillamente, á la *antigua francesa*, con libertad, con buena fé, *grosso modo*. Yo temo mucho el espíritu de encogimiento y de melancolía. . . . Yo deseo que tengais un corazón ancho y extenso en el camino de nuestro Señor, pero humilde, dulce y sin disolución.

38--La singularidad

Nuestra conversación exterior, debe asemejarse al agua, que la mejor es la más cla-

ra, la más simple y la que tiene menos sabor.

*

La singularidad hace á la piedad no solamente odiosa, sino ridícula.

*

Si alguno fuese tan generoso y valeroso que quisiera llegar á la perfección en un cuarto de hora, haciendo más que los otros, yo le aconsejaria que se humillara y sometiera á no querer ser perfecto sino en tres dias, y á que anduviera al paso de los demás.—Asimismo, si se encuentran personas que sean más fuertes y robustas, sea en buena hora; mas sin embargo, no hay necesidad de que vayan más aprisa que las que son débiles; á ejemplo de Jacob, que volviendo de Mesopotamia, se acomodaba no solo al paso de sus pequeños hijos, sino también al de sus corderillos; obrando así, yo os aseguro que no por eso llegareis más tarde á la perfección; por el contrario, llegareis más pronto, porque no teniendo mucho que hacer, os aplicaréis á obrarlo con la mayor perfección que os sea posible.

*

Hace algún tiempo que unas santas religiosas me dijeron: ¿Señor, qué haremos este año? El pasado ayunamos tres veces á la

semana é hicimos disciplina otras tantas veces, ¿qué haremos ahora? Preciso es hacer algo de más, tanto para dar á Dios gracias por el año pasado, como para ir siempre creciendo en el servicio de Dios.

*

Es bien dicho que sea siempre menester el avanzar, respondí yo; pero nuestro adelanto no se hace como vosotras pensais, por la multitud de los ejercicios de piedad, sino por la perfección con que los ejecutamos, confiando siempre mucho en Nuestro Señor y desconfiando más y más de nosotros mismos.—El año pasado ayunábais tres dias de la semana y haciais disciplina tres veces; si quereis siempre duplicar vuestros ejercicios, este año la semana será entera en tales prácticas; pero el año que viene, ¿cómo hareis? ¿Hareis la semana de nueve dias, ó ayunareis dos veces al día?

*

Nada de más.

39—LA PRUDENCIA

Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas, dice el Salvador.—

La hermosura de la sencillez me arrebató, y yo daría siempre cien serpientes por una paloma.—Yo amo, en verdad, la prudencia de la serpiente; pero incomparablemente más, la sencillez de la paloma. Yo sé que la mezcla de ambas es útil, y que el Evangelio nos la recomienda; mas sin embargo, me parece que debe procederse como en la composición de la triaca, donde para muy poca serpiente, se pone mucho de otras drogas saludables. Si las dosis de paloma y de serpiente fueran iguales, yo no me fiaría: la serpiente podría matar á la paloma, y no la paloma á la serpiente.

*

Muchos preguntan cómo ha de entenderse estas palabras de Nuestro Señor. *Sed prudentes como las serpientes.*—Haciendo á un lado cualquier otra respuesta, yo digo que se deben entender así: sed prudentes como la serpiente, la cual, siendo atacada, expone todo su cuerpo para conservar la cabeza: así debemos hacer nosotros, exponiendo todo al peligro, cuando es necesario, para conservar en nosotros sano y entero á Nuestro Señor y á su amor; pues El es nuestra cabeza y nosotros sus miembros. Esa es la prudencia que se aviene perfectamente con la sencillez.

*

Diré también, que es preciso recordar

que hay dos clases de prudencia, una natural y otra sobrenatural. En cuanto á la natural, conviene mortificarla bastante, cuando ella nos sugiere muchas consideraciones y previsiones no necesarias, las cuales mantienen nuestros espíritus bien alejados de la sencillez.—La sobrenatural, debe ser practicada con toda exactitud, pues es como una sal espiritual, que dá gusto y sabor á todas las demás virtudes; pero de tal suerte debe ejercitarse, que la virtud de la confianza, muy sencilla y amorosa, lo sobrepuje todo, y nos haga permanecer con quietud en las manos del Padre celestial, seguros de su protección y amabilísimo cuidado.

*

Muchas piensan que la sencillez es contraria á la prudencia, lo cual no es cierto; pues las virtudes no se contrarían, sino que tienen, por el contrario, una grande unión las unas con otras.

*

Tengamos un propósito firme y general, servir á Dios con todo nuestro corazón y por toda nuestra vida: fuera de esto, no pensemos en el día siguiente. Pensemos tan solo en obrar bien hoy; y cuando el día de mañana haya llegado, se llamará también *hoy*, y entonces pensaremos en él. Además, tengamos una gran confianza y resignación

en la Providencia de Dios. Hagamos provisión de maná para cada día, y nada más. No dudemos, pues Dios hará que él llueva mañana, y pasado mañana, y todos los días de nuestra peregrinación. *A cada día le basta su mal.*

40.—La Vigilancia.

No hay mejor medio para afirmar las resoluciones, que practicarlas.

*

Durante esta vida siempre tendremos que trabajar.

Precisas nos son dos resoluciones iguales; la una, de ver crecer las malas yerbas en nuestro jardin: la otra, de tener valor para verlas arrancar y arrancarlas nosotros mismos; pues nuestro amor propio, que ocasiona esas impertinentes producciones, no morirá mientras vivamos.

41. -- Ira desconfianza de nosotros mismos.

La desconfianza de nuestras propias fuerzas, no es falta de resolución sino verdadero conocimiento de nuestra miseria.

Muchos valientes cuando no ven el enemigo, no lo son en su presencia; y al contrario, muchos que temen antes del peligro, estando este presente, cobran valor.

*

Mientras más miserables nos reconozcamos, tanto más confiaremos en la bondad y misericordia de Dios. El trono de la misericordia de Dios es nuestra miseria; así pues, mientras mayor sea esta, tanto mayor debe ser nuestra confianza.

*

En todos vuestros negocios, apoyaos totalmente en la Providencia de Dios, que es la única por la cual todos vuestros designios tendrán éxito: trabajad no obstante por vuestra parte muy dulcemente, para cooperar con esa Providencia, y luego creed que si confiáis perfectamente en Dios, el resultado de todas las cosas, será siempre el más provechoso para vosotros, sea que os parezca bueno ó malo, según vuestro juicio particular.

42--La confianza en Dios.

La confianza en Dios y la desconfianza de sí mismo, son como los dos platillos de una balanza; la elevación del uno es el descenso del otro.

El que solo se detiene en la desconfianza de sí mismo, sin pensar en la confianza en Dios, se parece al que de un rosal solo cortara las espinas y dejara las flores.

*

Si Dios nos guarda, bien guardados estaremos.

*

Vale más dormir sobre el Corazón de Jesucristo, que estar despierto en cualquiera otra parte.

*

Asíos de la mano de la Providencia de Dios, y El os socorrerá, y si no podeis andar, El os cargará.

*

Nadie confía en Dios, sin obtener el fruto de su confianza.

La humildad que no produce la generosidad, es indudablemente falsa. Después de que ella diga, *yo no puedo nada, yo soy nada*, debe ceder el lugar á la generosidad, la cual dice: *nada hay que yo no pueda, pues pongo toda mi confianza en Dios, que todo lo puede*. Con esa confianza ella emprende valerosamente todo lo que se le manda por difícil que sea, y si se pone á ejecutar lo mandado con sencillez de corazón, Dios hará primero un milagro, que faltar á dar su socorro; pues no es por la confianza que tenga en sus propias fuerzas por lo que ella emprende, sino por la confianza que en Dios tiene

43.--Las pequeñas virtudes.

No se presentan con frecuencia ocasiones de practicar la fortaleza, la magnanimidad, la magnificencia; pero la dulzura, la templanza, la urbanidad y la humildad son virtudes tales, que todas las acciones de nuestra vida debe estar como teñidas con ellas. Hay otras virtudes más excelentes; pero el uso de estas es más necesario. La azúcar es más excelente que la sal; pero la sal tiene un uso más frecuente y más general.

*

Cada uno quiere tener virtudes brillantes y visibles, colocadas en lo alto de la Cruz, á fin de que se les vea desde lejos y se les admire. Pocos se empeñan por recoger aquellas que como el sépol y el tomillo, crecen al pié y bajo la sombra de este árbol de vida. Sin embargo, esas son las más olorosas y las más regadas con la sangre del Salvador, que ha dado por primera lección á los cristianos esta: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*.

*

Las ocasiones de ganar gruesas sumas, no se presentan todos los días; pero diariamente se pueden ganar céntimos y sueldos; y economizando bien estas pequeñas ganancias, hay quienes se hagan ricos con el tiempo.—Nosotros juntaríamos grandes riquezas espirituales, y reuniríamos muchos tesoros para el cielo, si empleáramos en el servicio del santo amor de Dios, todas las pequeñas ocasiones que á cada momento se presentan.

*

Ejercitémonos, pues, sencilla, humilde y devotamente, en las pequeñas virtudes, cuya conquista ha propuesto el Señor á nuestro cuidado y trabajo, como la paciencia, la mansedumbre, la mortificación del corazón,

la humildad, la obediencia, la pobreza, la castidad, la ternura hácia el prójimo, la tolerancia de sus imperfecciones, la diligencia y el santo fervor. Dejemos de buena gana las eminencias, para las almas elevadas; nosotros no merecemos un rango tan distinguido en el servicio de Dios.....

*

El Rey de la gloria no recompensa á sus servidores según la dignidad de los oficios que ejercen, sino según el amor y la humildad con que los desempeñan.

*

Dios no es tan terrible para con aquellos que lo aman; se contenta con poco, porque sabe bien que no tenemos mucho.

*

En verdad que las pretensiones altas y elevadas de cosas extraordinarias, están muy sujetas á ilusiones, engaños y falsedades: y suele acontecer que aquellos que piensan ser ángeles, no son ni siquiera hombres buenos.

*

No hay cosa alguna que sea pequeña en el servicio de Dios.

*

El que teme robarse un alfiler, no se ro-

bará varios escudos. Y el que es económico en sueldos y céntimos, ¿cuánto lo será en escudos y doblones?

*

No atendais nunca á la sustancia de las cosas, sino al honor que tienen de pertenecer á Dios.

*

Es hacer muy grandes las pequeñas acciones, el ejecutarlas con gran deseo de agradar á Dios.

*

La escarlata y la púrpura son telas preciosas, no á causa de su lana, sino á causa de su tinte; así las obras del cristiano, que son como la lana, de nuestros corazones, no son grandes por sí mismas, sino porque están teñidas en la sangre de un Dios.

*

A mí no me gusta que se diga: *es menester hacer esto ó aquello porque es más meritorio*: todo debe hacerse por la gloria de Dios.

*

Haced, pues, todas las cosas en el nombre de Dios, y serán bien hechas. Sea que comais, ó que bebais, ó que durmais, ó que os recreis, ó que deis vueltas al asador,

contal que sepais arreglar bien vuestros negocios, aprovecharéis mucho delante de Dios haciendo todas esas cosas, porque Dios quiere que las hagais.

*

Llevad una vida común, pero de una manera no común.

*

Haced bien hoy, eso poquito que la Providencia os pide actualmente; y mañana, que se llamará otra vez hoy, veremos lo que será necesario emprender.

44.--Los deberes de estado.

El que deja los deberes de su estado para entregarse á otras ocupaciones que le agradan, por piadosas que parezcan, no hace nada que valga. Dios quiere ser servido según su voluntad, y no según la nuestra; y la suya es la santificación y perfección de las almas.

*

No hay vocación alguna que no tenga sus enemigos, sus amarguras y sus disgus-

tos; y si exceptuamos á aquellos que están plenamente resignados á la voluntad de Dios, cada uno quisiera de buena gana cambiar su condición por la de los demás. Los casados quisieran no serlo, y los que no lo están quisieran estarlo.—¿De dónde viene esta general inquietud de los espíritus, sino de un cierto disgusto que tenemos por la sujeción? Mas todo es lo mismo. El que no está plenamente resignado, hállese aquí ó hállese allá, no tendrá nunca reposo. Los que tienen fiebre no encuentran bueno ningún lugar. Ni un cuarto de hora han permanecido en una cama, cuando ya quieren estar en otra. Mas la causa no es la cama, es la fiebre que donde quiera les atormenta. Una persona que no tiene la fiebre de la propia voluntad, se contenta con todo, con tal de que Dios sea servido. Poco le importa la calidad con que Dios la emplee; con tal que ella haga la voluntad divina, todo le es igual.—Pero no es esto todo; se necesita no solo hacer la voluntad de Dios, sino hacerla alegremente.

*

Que cada uno permanezca en la vocación á que Dios lo ha llamado, nos dice el Apóstol. No se necesita llevar la cruz de los otros, sino la suya propia: y para ello, Nuestro Señor quiere la renuncia de sí mismo,

es decir, de la propia voluntad. *Yo quisiera esto y aquello, yo estaría mejor aquí que allá;* esas son tentaciones. Nuestro Señor sabe bien lo que hace; hagamos lo que El quiere, permanezcamos donde El nos ha puesto.

*

En todas partes puede uno santificarse.

*

Quien quisiera tener un feliz éxito en su matrimonio, debería en su boda, representarse la santidad y la dignidad de este sacramento. Mas en lugar de esto, hay mil desarreglos en pasatiempos, festines y palabras. No es, pues, maravilla, que los efectos sean deplorables.

*

El matrimonio es una cierta orden, donde es preciso hacer la profesión antes del noviciado; y si hubiera un año de prueba, como en los claustros, habría pocos profesos.

Pensadlo bien: cuando uno se ha embarcado, no es tiempo ya de arrepentirse.

*

Permaneced en el navío donde Dios os ha puesto para hacer el viaje de esta vida á la otra; permaneced en él de buena gana

y con amor. Ese viaje es tan corto, que no vale la pena de cambiar de barca.

Y aun cuando algunas veces no hayamos sido puestos allí por la mano de Dios, sino por la de los hombres, una vez que allí estamos, Dios quiere que allí permanezcamos, y por consiguiente, es preciso continuar con dulzura y buena voluntad. Donde hay menos de propia elección, hay más de sumisión á la voluntad celestial. Prestando, pues, vuestra aquiescencia á la voluntad divina, decid frecuentemente con todo vuestro corazón: «Si Padre Eterno, quiero estar así, porque así habeis querido que yo esté.» —Por lo demás, yo os exhorto á ser muy fieles en la práctica de esa conformidad y dependencia del estado en que os encontráis.....Este punto es de una importancia tal, para la perfección de vuestra alma, que de buena gana yo lo escribiría con mi sangre.

*

El estado del matrimonio requiere más virtud y constancia que ningún otro. El es un perpetuo ejercicio de mortificación.

45.--Las Tentaciones.

El sentir no es consentir.

El demonio anda en torno de nuestro espíritu, acechándolo y turbándolo, para ver si puede hallar alguna puerta abierta. Buen indicio es que el enemigo golpee y haga ruido en la puerta; señal de que no está dentro. Valor! con tal de que no entre, poco importa lo demás. Que aceche, que golpee, que grite, que haga cuánto pueda; nosotros estemos seguros de que no podrá entrar á nuestra alma, sino por la puerta de nuestro consentimiento. Tengámosla bien cerrada y examinemos frecuentemente si se halla y examinemos frecuentemente si se halla bastante asegurada; al fin él se cansará, y si no se cansare, Dios le hará levantar el sitio.

*

Los lobos y los osos son sin duda más peligrosos que las moscas; pero no nos causan tantas importunidades y fastidios, ni ejercitan tanto nuestra paciencia.—Mas estemos seguros de que tantas cuantas victorias alcancemos sobre esos pequeños enemigos, serán otras tantas piedras preciosas, puestas en la corona de gloria que Dios nos prepara en el cielo.

*

Tan luego como sintáis alguna tentación, haced como los niños cuando ven á un lobo ó un oso en el campo; al punto corren á los brazos de su padre ó de su madre, ó al mé-

nos los llaman en su ayuda y socorro. Acudid de ese modo á Dios, reclamando su misericordia y socorro. Ese es el remedio que nuestro Señor nos enseña: *orad para que no entreis en tentación.*

*

Distraed vuestro espíritu con algunas buenas y laudables ocupaciones: pues entrando ellas á vuestro corazón y tomando lugar allí, echarán fuera las tentaciones y sugerencias malignas.

*

El gran remedio contra todas las tentaciones, grandes ó pequeñas, es abrir nuestro corazón y comunicar las sugerencias, resentimientos y afectos que tengamos, á nuestro director.

*

Si á pesar de todo esto, la tentación se obstina en mortificarnos y perseguirnos, no hay que hacer otra cosa que obstinarnos por nuestra parte, protestando que no queremos consentir. Pues así como las doncellas no pueden ser casadas cuando dicen que no, así el alma, aunque turbada, no puede jamás ser manchada mientras dice que no.

*

En cuanto á esas pequeñas tentaciones,

que como moscas y mosquitos, vienen pasando ante nuestros ojos, y ya nos pican en la mejilla, ya en la nariz, pues es imposible estar exentos de su importunidad, la mejor resistencia que podemos hacer, es no atormentarnos por ello; pues todo eso no puede causar daño, aunque causa fastidio, con tal de que estemos bien resueltos á servir á Dios.

*

Ultimamente estuve cerca de un colmenar, y algunas abejas se posaron en mi cara. Yo quise llevar allí mi mano para quitarlas; pero un campesino me dijo: no! no tengais miedo; no las toqueis y de ningún modo os picarán; si las tocais, os harán daño!—Yo lo creí así, y ni una sola me picó.—Creedme: no temais esas tentaciones, no las toqueis, y en nada os ofenderán. Pasad adelante y no atendais á eso.

*

Haced una simple conversión de vuestro corazón, hácia el costado de Jesucristo crucificado, y con un acto de amor hácia El, besad sus sagrados piés. Este es el mejor modo de vencer al enemigo.

*

Después de todo eso, preciso es consolarlos con aquellas palabras de la Escritu

ra: Bienaventurado el que sufre tentación, pues siendo probado, recibirá la corona de la vida!

46.—EL MUNDO.

No consiste la perfección en no ver al mundo, sino en no gustarlo ni saborearlo.

*

Debemos vivir en este mundo como si tubiéramos el alma en el cielo y el cuerpo en el sepulcro.

*

Cuando eramos niños pequeños, ¡con qué afán juntábamos pedazos de ladrillo, de madera, de lodo, para hacer casas y pequeños edificios! Y si alguien las desbarataba, nos poníamos muy tristes y llorábamos; pero ahora conocemos muy bien que todo eso importaba poco..... Hagamos nuestras niñerías, puesto que somos niños; pero no nos consumamos en hacerlas. Y si alguno destruye nuestras casitas y nuestras pequeñas empresas, no nos atormentemos mucho por ello; pues cuando venga la noche en que sea menester ponernos á cubier-

to, es decir, cuando venga la muerte, todas nuestras casitas para nada servirán. Preciso será retirarnos á la casa de nuestro Padre.

*

Atendamos fielmente nuestros negocios; pero sepamos que no tenemos negocios más dignos que los de nuestra salvación.

*

Si el mundo nos desprecia, regocijémosnos; tiene razón, pues bien reconocemos que somos despreciables; si él nos estima, despreciemos su estimación y su juicio, porque es ciego. Preocupémonos poco de lo que piense el mundo; despreciemos su estimación y su desprecio, y dejémoslo que diga lo que quiera, bien ó mal.

*

Oh Dios miol quitadnos del mundo, ó quitad al mundo de nosotros! Arracad nuestro corazón al mundo, ó arracad el mundo á nuestro corazón! Todo lo que no es Dios, no es nada, ó es poca cosa!

*

No hagamos caso de este mundo, sino en tanto que nos sirve de puente para pasar á otro mejor.

47.—LA INQUIETUD.

— — —

La inquietud no es una simple tentación, sino una fuente de la cual y por la cual vienen muchas tentaciones.

*

La inquietud es el mayor mal que puede acontecer al alma, después del pecado. Pues así como las sediciones y turbaciones interiores de una república, la arruinan completamente é impiden que pueda resistir al extranjero, así nuestro corazón, estando turbado é inquieto, pierde la fuerza de mantener las virtudes que había adquirido, y al mismo tiempo, el medio de resistir las tentaciones del enemigo, el cual hace entónces toda clase de esfuerzos para pescar, como se dice, en agua revuelta.

*

La inquietud proviene del deseo desarreglado de verse libre del mal que se siente, ó de adquirir el bien que se espera. Sin embargo, nada hay que empeore tanto el mal, y aleje más el bien, como la inquietud y el apresuramiento:—Los pájaros quedan presos en las redes, porque al caer en ellas, se

mueven y revolotean desarregladamente para salir, y con eso, se envuelven más y más.

*

Cuando esteis urgidos del deseo de veros libres de algún mal, ó de conseguir algún bien, antes de todo, poned vuestro espíritu en reposo y tranquilidad; haced que se asienten vuestro juicio y voluntad, y después, muy despacio y muy suavemente, proseguid el hilo de vuestro deseo, tomando por orden los medios convenientes. Al decir que muy despacio, no quiero decir que negligentemente, sino sin apresuramiento, sin turbación, sin inquietud.

*

No os enojeis, ó al ménos no os turbeis porque os hayais turbado. No os altereis porque os hayais alterado. No os inquieteis porque os hayais inquietado, antes bien, tomad vuestro corazón y ponedlo dulcemente en las manos de Nuestro Señor, y suplicadle que lo sane.

*

Quereis que nada perturbe vuestra vida? No deseéis reputación ni gloria del mundo. —No os apegueis á los consuelos y amistades humanas.

LA TRISTEZA.

La tristeza que es según Dios, dice San Pablo, obra la penitencia para la salud; la tristeza del mundo obra la muerte. La tristeza puede ser buena y mala, según los diversos efectos que produzca en nosotros.

Cierto es que ella produce más efectos malos que buenos; pues solamente obra dos cosas buenas, que son la misericordia y la penitencia: mientras de ella vienen seis malas, que son la angustia, la indignación, la cólera, los celos, el fastidio y la impaciencia. Esto ha hecho decir al Sábio: *La tristeza mató á muchos y no hay utilidad en ella.* En efecto, por dos buenos arroyos que provienen del manantial de la tristeza, hay otros seis que son bien malos.

*

Un Santo triste, es un triste Santo.

*

El demonio se complace en la tristeza y en la melancolía, porque está y estará eternamente triste y melancólico, y quisiera que cada uno estuviera como él.

*

Practicando el bien, regocijaos tanto

como podais; pues es una doble gracia el que las buenas obras sean bien hechas y alegremente ejecutadas

*

Y cuando yo he dicho, *practicando el bien*, no he querido decir que si acontece alguna falta, os entregéis por eso á la tristeza; no, por Dios! pues eso seria agregar una falta á otra falta. Lo que quiero decir es, que perseveréis queriendo obrar bien, y que volváis al bien tan luego como conozcáis que os apartasteis de él, y que mediante esta fidelidad, viváis alegres en general.

49--El apresuramiento.

El apresuramiento es la peste de la devoción.

*

El que se apresura, dice Salomón, *corre riesgo de tropezar*.—Un hombre prevenido vale por dos.

*

Mucho ruido, poco fruto.—Los zánganos hacen mucho más ruido y andan más apre-

surados que las abejas, pero solo hacen la cera y no la miel: así los que se apresuran con una pena grande y un empeño ruidoso, no hacen jamás ni mucho, ni bien.

*

Necesario es en todo y por todo, vivir apaciblemente. Si nos vienen penas interiores ó exteriores, preciso es recibirlas apaciblemente, sin alterarnos por ello. Si necesitamos huir del mal, es menester que sea apaciblemente, sin turbarnos; pues de otro modo, huyendo podríamos caer, y dar lugar al enemigo para que nos matara. Si necesitamos obrar el bien, debemos practicar-lo apaciblemente; pues de otro modo, cometeríamos muchas faltas apresurándonos. Hasta la misma penitencia, debemos hacer-la apaciblemente. *Hé aquí*, decía el gran penitente David, *que mi muy amarga amargura está en paz*.

*

Nuestro amor propio es un gran enredador, que quiere siempre emprenderlo todo, y no acaba nada.

*

Haced como los niños pequeños, que con una mano se cogen de su padre, y con la otra cortan fresas ó moras, á lo largo de los vallados. Así tambien, juntando y manejando los bienes de este mundo con una

de vuestras manos, cojed con la otra, la mano del Padre celestial, volviendoos á El de cuando en cuando, para observar si le agradan vuestras ocupaciones. Guardaos sobre todas las cosas, de dejar su mano y su protección, pensando juntar ó recoger más; porque si El os abandona no hareis otra cosa que dar de cara contra el suelo.

*

Apresuraos despacio.—El que emprende dos obras á la vez, no tiene éxito en ninguna.—Querer hacer muchas cosas al mismo tiempo, es querer ensartar muchas agujas á la vez.

*

Frecuentemente no se obra el bien, por quererlo hacer de una vez muy bien.

50.--Las imperfecciones.

No nos turbemos por nuestras imperfecciones, pues nuestra perfección consiste en combatirlas, y no podríamos combatirlas sin verlas, ni vencerlas sin encontrarlas; nuestra victoria no consiste en no sentir las, sino en no consentirlas.—Mas el sentirse

incómodo por ellas, no es consentirlas; para el ejercicio de nuestra humildad, es preciso que algunas veces salgamos heridos en esa batalla espiritual; sin embargo, jamás somos vencidos, sino cuando hemos perdido ó la vida ó el valor.

*

No nos inquietemos por vernos siempre novicios en el ejercicio de las virtudes, pues en el monasterio de la vida devota, cada uno se estima siempre novicio, y toda la vida está allí destinado á la probación; no habiendo señal más evidente de ser, no solo novicio, sino aun digno de reprobación y de expulsión, que el pensar y reputarse como profeso. Así, según las reglas de ese orden, no es la solemnidad, sino el cumplimiento de los votos, lo que hace á los novicios, profesos; y en consecuencia, los votos no quedan cumplidos, en tanto que aun hay algo que hacer para su observancia: así pues, la obligación de servir á Dios y progresar en su amor, dura siempre hasta la muerte.

*

Bien quisiéramos estar sin imperfecciones; pero es preciso tener paciencia, por pertenecer á la naturaleza humana y no á la naturaleza angélica. Nuestras imperfecciones no deben agradarnos; pero tampoco admirarnos ni quitarnos el valor. Al con-